

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 102.—BARCELONA 11 DE ABRIL DE 1916



Soldados ingleses, levemente heridos, en una población francesa

CRONICA INTERNACIONAL

I. Las discusiones inglesas sobre la paz.—II. La gran conferencia de los aliados.—III. El cuarto empréstito alemán de guerra.—IV. La situación financiera de Rusia

I.—Las discusiones inglesas sobre la paz

Tímidamente al principio y de un modo velado; con más franqueza después, y ahora con insistencia que no puede menos de llamar la atención, la prensa inglesa ha hecho tema, casi preferente, de sus labores el estudio de las condiciones en que podría llegarse a la paz. Existe en Inglaterra una costumbre digna de imitación y muy loable, consistente en la facilidad que se da al público para que exponga sus opiniones. Es frecuente que los editoriales y los sueltos de redacción sean impugnados o apoyados por lectores, generalmente por personalidades conocidas y que ocupan elevados puestos en la escala social, promoviéndose discusiones que interesan y apasionan al público y que a menudo se traducen en resultados prácticos. En esa sección, que podríamos llamar de colaboradores espontáneos, las condiciones económicas de la paz son traídas y llevadas, dando lugar a los pensamientos más extravagantes, aunque no faltan pareceres sesudos y prudentes. Y no es sólo en la prensa, sino que en los círculos políticos y en los mercantiles se discute también con empeño este tema de la paz.

Salvo contadas opiniones, todos los juicios están contestes en que la paz debe ser, económicamente,

ventajosa a Inglaterra. Se ofrece una dedada de miel a los aliados, pero la parte del león se reserva a Inglaterra, que es la que ha efectuado mayores desembolsos. Las vidas perdidas y los estragos de la invasión pesan poco; lo esencial es el dinero gastado. Si existe unanimidad en sostener que la paz ha de ser beneficiosa, no reina menos armonía en prescindir de imponer una contribución directa de guerra a los Imperios centrales; las tendencias se orientan en el sentido de afirmar la supremacía naval y mercantil del Imperio británico, poniéndole fuera de nuevos ataques y al abrigo de cualquiera agresión. Así entendida la paz, es evidente que acompañarían a Alemania en la derrota todos los actuales aliados de Inglaterra.

Que en los momentos actuales, cuando Alemania se mantiene victoriosa en todos los frentes, es un sueño la paz tal como la entienden los ingleses, no hay que decirlo; esas discusiones no pueden, por consiguiente, tomarse como un primer paso, seguro y admisible, para la paz. Con todo, tienen bastante importancia, en dos conceptos: porque se empieza a prescindir de la idea de aplastar al *militarismo prusiano*, y porque, cuando los ingleses se preocupan tanto de la parte económica de la paz, prueba es que comienzan a creer que peligran los fundamentos fi-

nancieros del Imperio. Por algo las libras están por debajo de la par. Hace tres meses nadie se hubiera atrevido a expresarse en Inglaterra como hoy. Entonces no se contentaban con menos que con una espléndida victoria militar; ahora se satisfacen con una victoria económica.

El aspecto más interesante de esta campaña, porque nos importa de cerca a los neutrales, consiste en la cruzada que se ha levantado en Inglaterra en favor de un concierto económico y comercial con los aliados, para que surta sus efectos después de la guerra. La primera idea de este acuerdo surgió en los Imperios centrales, pero en Inglaterra se la ha estudiado con más detalle, de un modo más práctico. Se trasluce el propósito de valerse de la dependencia financiera en que se encuentran los aliados con respecto a Inglaterra, para obligarles a admitir las imposiciones de ésta; Francia se resiste, y con Francia no se atreven los ingleses, por los grandes servicios que les presta; pero hay que desconfiar de la tenacidad británica, que podría conseguir su objeto si Francia sufriera un nuevo revés o la guerra se prolongara indecisa.

Otros, más exaltados, sostienen que los neutrales han de ser tratados como enemigos y deben ser excluidos de las uniones o conciertos económicos que firmen las naciones aliadas. El asunto es grave y puede darnos alguna sorpresa desagradable. Es lástima que la prensa diaria no le preste la atención que merece. El día de la paz, podría muy bien comenzar para los neutrales una era todavía más aflictiva que la presente. No basta, en los tiempos que corremos, prepararse para la guerra, toda vez que es igualmente necesario prepararse para la paz. Y como ésta se aproxima por momentos, porque todos los beligerantes, que la deseaban, la admiten ya, aunque ninguno acepta todavía la peor parte, es menester darse prisa y tomar las medidas conducentes a evitar el peligro que amenaza y que está bien claro: los beligerantes, arruinados y sin energías, estudian el modo de que sean los no combatientes los que restañen sus heridas.

La preocupación del país por las condiciones de paz, ha trascendido, como era de esperar, al Parlamento, donde el Gobierno ha adoptado una actitud de templanza digna de elogio, rechazando las exageraciones propaladas por los ilusos y limitándose a decir que se preocupa del asunto y oportunamente adoptará las resoluciones que convengan al Imperio.

II.—La gran conferencia de los aliados

Se han reunido en París generales franceses, ingleses, rusos, serbios, italianos y belgas, y diplomáticos de Francia, Inglaterra e Italia. Desde que se celebró el primer ensayo de conferencia de las naciones aliadas hasta fin de marzo, que esa aspiración se ha trocado en realidad, han transcurrido varios meses, tiempo que ha sido necesario para convencer a los descreídos. El argumento que ha hecho emprender a tantos personajes el camino de París, ¿ha sido de índole genuína y exclusivamente militar, como se pretende? ¿Se quiere plantear el ataque general, verdadero cambio de postura de un enfermo crónico, cambio que tonifica

sus ilusiones pero que no reacciona sobre el mal? No es de creer. La unión militar, si fuera posible y todos la desearan y sintieran, habría surgido a raíz de las grandes victorias austro-alemanas, la hubiese impuesto indirectamente el enemigo con sus hábiles estocadas, pero no apareciera coincidiendo con el más prolongado período de la inactividad alemana. Bien está que el pueblo, bonachón y muy dado a la esperanza, abrigue ilusiones y crea que de aquella conferencia va a brotar por fin la victoria; necesita algo nuevo, porque va perdiendo la confianza en lo que se le ha dicho antes, y así como hoy se entusiasma ante la idea de la acción común, mañana lo esperará todo de la acción aislada; es natural: cuando una esperanza se desvanece, el hombre se aferra inmediatamente a otra, con tanto más calor y menos reflexión cuanto más crítica y apurada sea la situación en que se halla.

No ha sido la cuestión militar la que más ha ocupado la atención de los delegados, sino la económica. Es un secreto a voces que Rusia ha agotado, no ya el dinero, sino el crédito; que Italia mira con espanto sus arcas vacías y a la miseria que se acerca a grandes pasos, con toda su secuela de intranquilidad y desunión; que Serbia y Bélgica viven, en su representación oficial y su eficiencia guerrera, de la caridad de sus amigos; que Francia, todavía rica, no quiere desprenderse de lo que acaso le hará falta. En estas condiciones, el banquero general, ha considerado inaplazable el convocar a sus aliados, para fijar concretamente las garantías con que seguirá facilitando dinero. No se preocupa de la solvencia o insolvencia de sus deudores, no; lo que la hace reflexionar es otra cosa: la posibilidad de que su dinero sirva para la reconstitución de las naciones aliadas, con mengua y menoscabo del comercio e industria británicos. Inglaterra dará todo el dinero necesario, acudiendo al crédito si es menester, a condición de que revierta en beneficio de su país; de lo contrario, la derrota de Alemania podría ser una calamidad para Inglaterra. Imagínese a Rusia, Francia e Italia en situación financiera e interior despejada y segura, a expensas del oro inglés, cuando acabe la guerra, y en aptitud de entablar inmediatamente la lucha comercial; Inglaterra habría caído en su propia trampa; no es tan torpe para incurrir en semejante imprevisión.

Más que de ganar la guerra en los campos de batalla, se preocupa Inglaterra en tondar una especie de unión financiera y mercantil, de la que ella ocupará el primer puesto; de obligar a sus aliados a desterrar, cuando se firme la paz, los géneros y mercaderías alemanes por otros británicos, y a depender económicamente del Imperio. Entonces sí que la guerra habría sido un buen negocio; pero si el resultado ha de ser una espléndida corona de laurel y no conquistar los mercados europeos y del N. de África y Asia, no valía la pena de comprometer su situación y debilitarse hasta la anemia. Bajo la parte guerrera del conflicto, esconde Inglaterra sus aspiraciones. Ahora la ocasión se presentaba propicia: sus amigos están extenuados, sin recursos, ni tener dónde encontrarlos; el necesitado acepta condiciones e imposiciones que el independiente rechazaría; para reforzar sus manejos, Inglaterra agita también el espantajo de sus cuatro millones de soldados, que

deslumbra a serbios, italianos y belgas, y apresura los latidos del corazón de rusos y franceses. Positivamente, en París se habrá hablado de estas cuestiones, como corolario impuesto por los asuntos militares, y los representantes ingleses no habrán desaprovechado la feliz oportunidad.

¿Se realizará el objetivo inglés? Tan incierta es la afirmativa como la negativa. Mientras estén en alto las espadas, no puede fundarse nada sólido; la opinión y la orientación de los pueblos pueden variar en veinticuatro horas. Pero, si a algún acuerdo concreto se ha llegado en las conferencias de París, compadezcamos a los aliados de Inglaterra, porque de la guerra saldrán tal vez vencidos, pero de la paz resultarán descalabrados. Algo se traslucirá, en una forma u otra, mucho antes de que acabe la guerra.

III.—El cuarto empréstito alemán de guerra

Un grito de júbilo ha resonado en todos los ámbitos del Imperio alemán. El cuarto empréstito de guerra ha dado 10,600 millones de marcos, equivalentes a 13,250 millones de francos. El llamado empréstito francés «de la victoria» no llegó a 10,000 millones, a pesar de la propaganda, incluso cinematográfica que se hizo, y de su hábil y larga preparación. En Rusia el efecto habrá sido forzosamente deplorable: los alemanes no piensan en la paz.

Quédese para los hacendistas el averiguar cómo y de dónde saca Alemania tanto dinero, sin acudir al extranjero, al revés de sus adversarios; de qué manera puede atender a sus gastos propios y además hacer anticipos considerables a búlgaros y turcos y enriquecer a los negociantes rumanos. Las explicaciones de los hacendistas están previamente desautorizadas, porque los tales habían impuesto como axiomática verdad el principio de que las guerras serían extraordinariamente cortas, por el agotamiento financiero que sobrevendría. Por las trazas, si las matanzas humanas no han de terminar hasta que se produzca ese agotamiento, hay guerra para lustros. Estamos en el terreno de los hechos, porque la guerra no es más que una sucesión de ellos, y nos hemos de rendir a la evidencia de lo cierto; las especulaciones y teorías queden para los teóricos y eruditos de los tiempos de la paz.

Alemania ha encontrado otros 10,600 millones de marcos. Con más o menos apuros y dificultades, sus adversarios hallarán los que necesitan: es indudable. Se abre, por consiguiente, otro porvenir de horrores y degüellos. Y no es esto lo peor. Con la referida suma, Alemania dispone del dinero suficiente para todos los gastos militares hasta fin de septiembre; hombres, le sobran; material, lo tiene para regalar a turcos y búlgaros. Consecuencia: es punto menos que imposible que sea aplastada antes de octubre. Los aliados se proponen atacarla en todos los frentes en el próximo verano, y no es de suponer que desistan y abandonen toda esperanza al primer fracaso, si les va mal, o al principio del camino, si tienen suerte. Se infiere que la guerra no se resolverá en los meses del verano; habrá que prolongarla; y como el invierno no es época propicia para conseguir lo que no puede lograrse en el estío, tendremos otro año más de guerra, a partir de 1.º de octubre próximo, por lo que sólo nos encontra-

mos a la mitad de la campaña. Esta tristísima consecuencia es la que se deduce del éxito del cuarto empréstito alemán, en relación con la actitud belicosa de las naciones aliadas. Ante ese cuadro, la pluma se cae de las manos. Se resiste la imaginación—tal vez porque los sentimientos humanitarios lo rechazan—al pensamiento de que todavía va a durar la guerra otro año y medio; ¿qué nuevas víctimas habrán caído para entonces en el ensangrentado palenque? Recordemos: Turquía, Italia, Bulgaria, ahora Portugal...

No nos dejemos invadir por el pesimismo. Por grande y decidida que sea la voluntad humana de mútua destrucción, hay otro poder misericordioso, y a él nos debemos de encomendar, con tanto más afán cuanto más ciegos estén los poderosos de la tierra.

IV.—La situación financiera de Rusia

Rusia está atravesando hace tiempo una dura crisis económica. A diferencia de los Imperios centrales, y en parte también de Inglaterra y Francia, ha de adquirir casi todo el material de guerra en el extranjero, y el dinero huye a espaldas. Al principio se valió del crédito, pero no tardaron Inglaterra y Estados Unidos en exigir garantías más sólidas. El país no puede dar el dinero necesario, y el desorden de la administración es otra sangría que merma todavía más los ingresos.

En los primeros meses de guerra, Rusia emitió cuatro empréstitos interiores, que con los bonos del Tesoro, reembolsables a corto plazo, dieron un total de 10,500 millones de francos, o sea lo que arrojó un solo empréstito alemán. El último fué lanzado al tipo de 95 por 100, con un interés de 5,5 por 100 neto, lo que da en realidad un interés de 5,79 por 100, pero observando que la amortización tendrá lugar en diez años, el interés real asciende a la enorme cifra de 6,30 por 100. Pero esto por sí solo no da idea exacta de la situación financiera, que se apreciará mejor por los datos que siguen:

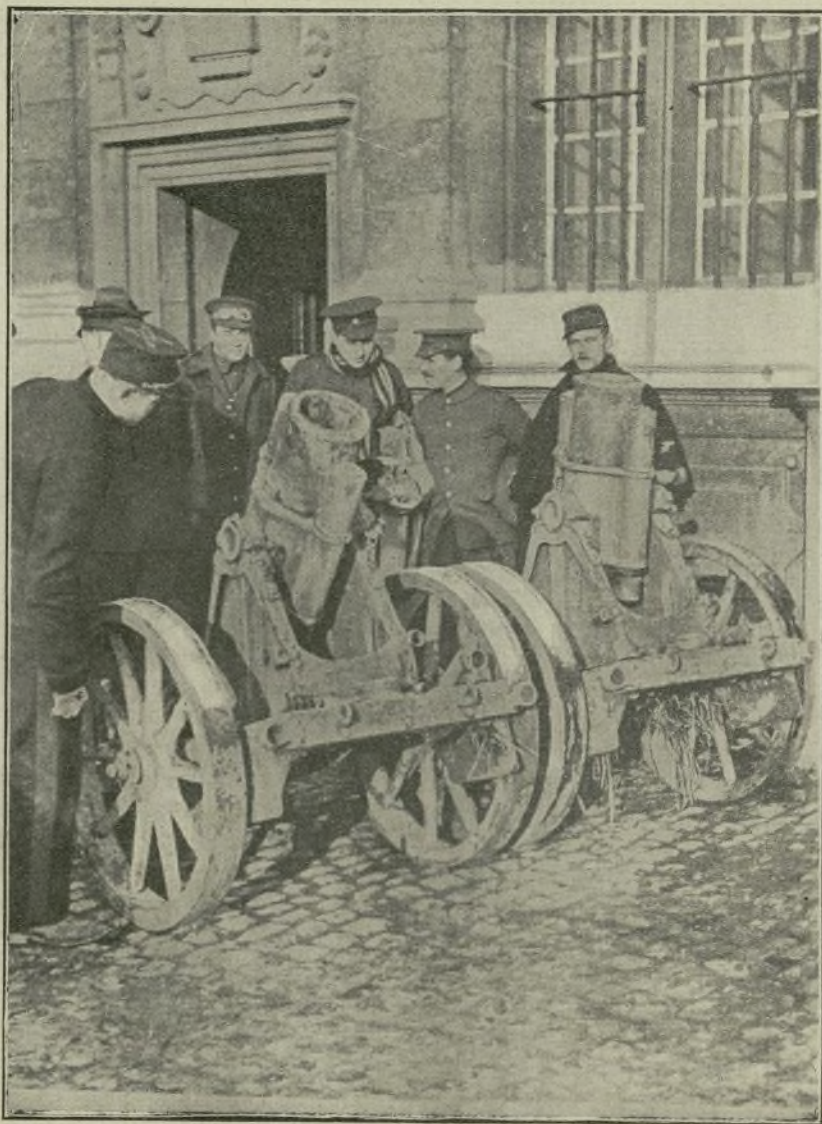
La suscripción oficial estuvo abierta cinco días, prolongándose a 25 y hasta 35 en las cajas de ahorros y bancos locales; se dieron extraordinarias facilidades a los imponentes, concediéndoles un plazo de 52 días para la entrega del dinero y permitiéndoles dejarlo en depósito libre o cuenta corriente en las cajas de ahorro, siempre que su suscripción llegara o excediera de 500 rublos. Por si no bastara, se otorgó a los tenedores de títulos el derecho a permutar éstos por los de nuevos empréstitos que pudieran emitirse más adelante, sin perder nada en el cambio y con todas las garantías y ventajas que se asignen a los nuevos suscriptores, hecho que conviene tener presente porque en las nuevas peticiones de dinero que se hagan, los ingresos no serán más que nominales, toda vez que se reducirán a una simple permuta o canje de títulos. Lo más significativo es que los órganos oficiales rusos, estiman que esas condiciones son muy moderadas y que los imponentes que acudan al empréstito harán un verdadero sacrificio por la Patria. Esta nota de invocación al patriotismo fué la que predominó en la campaña que hizo el Gobierno ruso para colocar su último empréstito; aun así, el pequeño capital se retrajo,

no por indiferencia, sino porque lo necesitan sus poseedores para atender a sus propias necesidades.

Hace ya tiempo que Rusia está falta de dinero, pero, como en el caso de Inglaterra, vacila y teme antes de decidirse a una nueva emisión. Los aplazamientos, compromisos y demás medios de que se vale para ir conllevando la crisis, agravan más su situación, que, unida al encarecimiento de las subsistencias y falta de no pocas primeras materias, colocan a aquel Imperio en condiciones mucho más difíciles y penosas que las de sus grandes aliados. A no dudar, Rusia ha sido el país más castigado de la

honor y la gloria, en el orden financiero se empobrecen y arruinan las muchedumbres, a la par que se enriquecen los capitalistas.

Con la sangre y los dolores de muchísimos guerreros, unos pocos escalan las esplendideces de la inmortalidad y legan sus nombres a la historia. Con el dinero reunido céntimo a céntimo, a costa de mil sacrificios y de un trabajo asiduo que conduce a la vejez prematura, se forjan fortunas fabulosas concentradas en pocas manos. Para los más el sufrimiento, la privación y el dolor; para los menos, la fortuna, la gloria y el poder. La igualdad ante la ley



Morteros franceses en las líneas de Flandes

guerra, aparte de los que, siquiera temporalmente, han dejado de existir.

F. LARÍN.

CONSECUENCIAS PAVOROSAS DE LA FALTA DE CARIDAD

La guerra, que es el cataclismo más grande a que puede verse sometida la sociedad humana, prohija los desequilibrios más estupendos. Si en el orden psicológico hay familias infortunadas que pierden varios individuos en la guerra, y otras, felices, llegan sin contratiempo a las supremas cumbres de los

ha sido una necesidad impuesta por la desigualdad ante la naturaleza, pero como ésta es superior al hombre, imperará la desigualdad sobre todas las doctrinas y mal que pese a los ideólogos y a los inventores de sistemas políticos.

Ahora bien: la desigualdad, cuando rebasa de ciertos límites, produce una pugna de intereses, sobreviene una conmoción, y engendra una crisis que suele dejar huellas profundas en las naciones, hasta que la labor paciente de los siglos las borra. Esa crisis es una de las visiones más terribles que comienzan a aparecer sobre los negros nubarrones de una guerra que languidece y expira, que toca a su término...

Cuando se restablezca la paz, millares y millares de familias habrán quedado en cuadro y sumidas en la miseria; sin hombres aptos para el trabajo, sin manera de encontrarlo, puesto que la actividad anterior sólo se restablecerá lentamente; la fiebre patriótica, ya sin razón de ser, habrá dejado su puesto a las necesidades de la vida diaria; los Estados, abrumados por los gastos, se declararán impotentes frente a tantos infortunios, no habrá modo humano de convertir a las naciones en inmensos asilos y hospitales; el mutilado tendrá que proveer por sí a su sustento, como el huérfano y la viuda y el desam-

querrá corresponder a ellos, pero ¿cómo y de dónde va a encontrar los recursos que no tiene?

Dura es la guerra; más dura todavía y más implacable será la situación en que nos encontremos después. La exaltación patriótica hace que los intereses propios se den al olvido; después, esos intereses constituirán, como antes, el objeto principal de los afanes de los hombres. El horror del cuadro se les presentará en su cruel desnudez apenas se calmen las pasiones y se vuelva a lo que hemos dado en llamar normalidad, y que según todas las probabilidades será otra anomalía mayor que la presente.



El Czar y el Gran Duque Nicolás

parado; la industria y el comercio, privados de las ganancias que la guerra les ha arrebatado, serán inexorables en el trato con sus empleados, porque la ley de la existencia así se lo aconsejará; la paralización de los negocios entre los ex-beligerantes se prolongará meses o años; habrá que abaratar la producción, para competir con los que permanecieron neutrales; tendrán que montarse de nuevo fábricas, talleres, sociedades y compañías... Los guerreros de hoy no tienen que preocuparse de su pan cotidiano, y muy poco sus familias. El día que la guerra acabe, una legión de individuos se encontrará en la indigencia; la Patria les agradecerá sus servicios,

Mientras la masa se encontrará en tan deplorables condiciones, los grandes capitalistas, a cuyas arcas van a parar los gastos de la guerra, absorberán el poco jugo financiero que aún quede. Habrán de pagarse los colosales intereses de las deudas; los Estados necesitarán dinero, mucho dinero, para acallar las más perentorias demandas y las más justificadas necesidades de las multitudes, lo cual obliga a no asustar al capital, a mimarlo, a cumplir los compromisos contraídos con él; y sólo en el pago de la renta pública se fundirá el resultado del trabajo de toda la nación.

Problema es éste que hace temblar al financiero

más experto y al más previsor hombre de Estado. Se llegará a resolverlo, a menos que el mundo desaparezca, pero lo difícil es acudir a tiempo con un remedio, que por ahora no se vislumbra, antes que la cólera y la desesperación de las gentes produzcan males sin cuento. Los gobernantes y directores de los pueblos ocupan el puesto de responsabilidad y sobre ellos se desatarán las primeras iras. Para salvar el abismo se impondrán, más que nunca, el orden, el método, la obediencia, el respeto al que manda; mas, esas virtudes son muy difíciles de ejercitar en las circunstancias que se avecinan, las de prueba más dura que cabe imaginar.

De los tres finales que puede tener la guerra, dos de ellos podrían contribuir mucho a limar las asperezas y a facilitar una solución. Si no hay más que vencedores a medias y vencidos en parte—que es lo más probable—la crisis se extenderá tanto en los pueblos triunfantes como en los derrotados—aunque con más gravedad en los últimos—porque es posible que la deuda de los victoriosos recaiga en totalidad sobre los otros; a este precio, los más malparados optarían por continuar la lucha: de morir, es preferible morir con gloria y con las armas en la mano. Una utopía, y no otra cosa, es el final más equitativo y apetecible: que los beligerantes llegaran a un acuerdo, depusieran las armas, y los brazos que las manejaban se fundieran en fraternal estrechez; aunque así lo dispusieran los estadistas, los súbditos no obedecerían: son demasiado hondas las heridas, para olvidarlas mediante una simple invitación o mandato.

Por inhumano que parezca, lo mejor sería que uno de los bandos aplastara por completo al otro. La pesadumbre recaería exclusivamente sobre el vencido, la crisis sería parcial y no general, y la normalidad se establecería en uno de los grupos, a expensas de la desorganización del otro; no se le estrujaría con una contribución inverosímil, pero se le impondrían obligaciones, contratos, tratados de comercio, que devolvieran al vencedor las energías que ha perdido y remediaran sus males. Lo poco que habrá quedado en Europa, se lo repartirían los favorecidos; la satisfacción de la victoria contribuiría no poco a salvar la situación, en el doble concepto de robustecer la autoridad de los que mandan y satisfacer el amor propio y el concepto íntimo de los que obedecen. Pronto hemos de ver si cabe fundar esperanzas en que se realice esta solución; hasta ahora, los acontecimientos no se deslizan por un camino tan franco y decisivo.

Las diversas naciones en pugna ven ¿cómo no? los peligros y dificultades que habrán de afrontar el día que la guerra termine, y careciendo de medios para superarlos, prefieren aplazar el temido momento, continúan la guerra, se hunden cada vez más en la ciénaga, y ellas mismas se cierran la salida. Con plena conciencia de sus actos, se precipitan impávidas en el abismo. No piensan, ni quieren pensar; cierran los ojos a la realidad y apartan el entendimiento de la reflexión. Esperan que surja algo imprevisto, providencial; ¿qué?; lo ignoran, pero esperan. Así van tejiendo una larga cadena en la que ellas mismas se aprisionan y que no podrán romper más tarde.

Pero no es esto lo triste; lo lamentable, lo incon-

cebible es que los neutrales, que también se verán envueltos en los desastres que sucedan a la guerra, presenciéis impasibles la desatentada conducta de los beligerantes, cuando tan fácil les sería imponerse. ¿Qué hace falta para ello? algo muy sencillo, algo que todos nos preciamos de poseer, pero que no asoma por ninguna parte: ¡caridad!

.....

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

La piel del oso

—¡Albricias, señor A! ¡Ya era hora! Por fin los ingleses se han decidido a aliviar la presión que los alemanes ejercen sobre Verdun. ¡Y qué empuje el suyo! ¡Irresistible!

(El señor B, con modestia).—¡No tanto! Pero ahora se habrá V. convencido de que los ingleses no sólo hablan, sino que también obran, y obran bien.

—¡Que lo diga herr X! Oigan ustedes el parte oficial británico y no se desmayen: «Efectuamos incursiones en las trincheras alemanas de Gomecourt, en el camino de Béthune a La Bassée y—¡cuidado, señores, que viene la bomba!—cogimos ¡un prisionero!» Qué descansado se habrá quedado el general Petain al leer este parte; cuentan que enseguida telegrafió al Cuartel general británico preguntando si ese prisionero era el Kaiser; ¡no era más que un cocinero!

(El señor B).—Más vale un prisionero que ninguno.

—O que 30.000; porque los franceses se alegran más de ese infeliz teutón que se ha dejado cazar con liga, que de los 30.000 franceses que desde Verdun van camino de Berlín.

(El señor A).—El alma francesa no se conmueve por lo de Verdun. El enemigo podrá avanzar, no digo que no, pero afirmo, con todos los periódicos de París, que no pasará.

—De donde se detenga, no señor, es indudable; de los Pirineos está todavía muy lejos.

(El señor A).—Sí, señor: París está tranquilo, consciente de su fuerza, sabe que el militarismo prusiano es impotente contra los hombres libres, de elevada civilización, y desprecia al atrevido que pretende implantar el feudalismo en Europa y tiranizar a los necesitados.

—Habla V. como don Quijote, señor A., no como el de Cervantes, sino como el de Avellaneda; mejor dicho, como monsieur Quichotte.

(El señor A).—Si leyera V. las crónicas de nuestros corresponsales, españoles, en París...

—A cualquier cosa llama V. corresponsal; si dijera V. defensor de los garbanzos, en forma de literatura de traducción y exportación, género fácil, que da patente de intelectualidad, estaría V. más en lo cierto. ¡Gran cosa es el comederol! Ande yo caliente y riase la gente, sobre todo si es de aquella a quien se la dan con queso, bien podrido, para que sea más auténtico de Roquefort, que tenga lo que espiritualmente llaman nuestros vecinos *bouquet* y nosotros descomposición. Por lo demás, leo esas crónicas a que V. se refiere; es la penitencia que me he impuesto en estos santos tiempos cuaresmales; si estuviera

en Francia, me trasladaría a Verdun o miraría hacia Calais y Dunquerque, que huelen aún peor que Verdun.

(El señor B).—Sospecha V., por ventura, de las intenciones inglesas?

—Pregúntele V. al señor A; a mí me tiene eso completamente sin cuidado. Lo que le digo a V. es que los corresponsales a que nos hemos referido pertenecen al género monomaniaco y patético. Sólo ven el mundo por un agujero, tapado por la punta de un casco alemán.

(El señor A).—¿Va V. a comenzar con sus eternas salidas de tono?

—He leído mil cartas de los corresponsales que se encuentran o han recorrido Alemania, Austria, Inglaterra, Turquía, Italia, Serbia, Egipto y hasta la China; en ellas, sus autores no esconden su manera de pensar, ni sus opiniones, pero siempre refieren algo interesante, instructivo, que el lector desconoce. En cambio, las que llegan de París están uniformemente cortadas por el mismo patrón: que los franceses son las gentes mejores de la tierra, que están muy alegres, que el literato X y el poeta Z dicen tal o cual cosa y... que el Kaiser y los alemanes son muy malos, detestables. Son cartas de tésis: a los franceses hay que adorarles y que aborrecer a los alemanes. ¡Es una lata soporífera, monótona, inaguantable! ¡Como si en España hubiéramos de juzgar a unos y a otros por lo que de ellos nos cuenta el intelectual perengano! Comienza por declararse francófilo, y a renglón seguido nos coloca un libelo contra Alemania. Para ese trabajo, no necesitaba trasladarse a París, sino escribir desde su casita. Por eso me pregunto: esos señores que para escribir horrores de Alemania podrían permanecer en España, y que nada nos cuentan de lo que sucede en Francia, ¿por qué será que se trasladan a París? ¿Es por sacrificio o por conveniencia? ¡Claro, nadie les hace caso!

(El señor A).—Se equivoca V.; ellos nos dan a conocer quiénes son los franceses y quiénes los alemanes.

—En particular los alemanes, a los que no han visto. Yo para juzgar a los demás pueblos, desde mi punto de vista ibérico, me atengo a la historia antigua, presente y futura.

(El señor A).—Según V., esos tales ¿ignoran la historia?

—Con que no la ignore yo, me basta. Lo que sí me parece es que tienen la piel muy dura.

(El señor A).—No tanto como los alemanes, refractarios a todos los goces del espíritu. El más grande guerrero que ha existido, Napoleón, era un artista, un orador, un literato, un...

—¡Patarata! Napoleón fué un vulgar plagario de Shakespeare.

(El señor A).—No diga V. tonterías, don Subrio, ni disparates.

—Léalo V. por sí mismo en este periódico inglés. Al regresar Napoleón de Santa Elena, dirigió esta proclama al Ejército: «El Águila con los colores nacionales volará de campanario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora. Podréis mostrar vuestras honrosas cicatrices. Estaréis orgullosos de vosotros mismos, de lo que hayáis hecho, porque seréis los libertadores de la patria. En vuestra vejez, vuestros conciudadanos se agruparán con respeto a vues-

tro alrededor para oír el relato de vuestras proezas. Diréis con orgullo: «Yo pertenecí al Gran Ejército, que entró dos veces en Viena, que entró en Roma, Berlin, Madrid y Moskú, y que libertó a París del estigma que la traición y la presencia del enemigo le imprimieron». Pues bien, dicen los ingleses que esas pompas de jabón son una copia de estos versos de Shakespeare: «Quien viva en este día y llegue a la vejez, reunirá a sus vecinos en la vigilia de la fiesta y les dirá: mañana es San Crispín; subirá sus mangas y mostrará sus cicatrices, diciendo: estas heridas las recibí el día de San Crispín. Los viejos olvidan todo lo que puede darse al olvido, pero recordarán siempre las proezas que hicieron aquel día». Como ustedes ven, el plagio es evidente; no hay más diferencia que Napoleón no se acordó de San Crispín y Shakespeare sí.

(El señor A).—Hoy la ha tomado V. conmigo y deja en paz al señor B.

—No me atrevo con él, desde que he leído un discurso de mister Crammond, en la Cámara de Comercio de Londres, sobre las condiciones de la futura paz con Alemania.

(El señor B).—No tengo noticia de él; debe de ser muy interesante.

—Ha puesto la piel de gallina al Kaiser. Dice que la deuda total de los aliados ascenderá, el 31 de marzo de 1917, a 8.600 millones de libras esterlinas. Para compensarla, Alemania tendrá que entregar toda su marina mercante, y devolver en maquinaria, primeras materias, etc., una cantidad igual a los beneficios que ha reportado de la dominación de Bélgica, norte de Francia, Serbia y Polonia. Entonces ya no tendrá que devolver más que 8.000 millones de libras, pero no en dinero, como indemnización, no, sino en otra forma.

(El señor B).—Me parece la idea excelente, acertada, muy práctica.

—Más de lo que V. imagina. Los Gobiernos de Berlin y Viena tendrán que emitir títulos de la deuda que se repartirán entre los aliados, proporcionalmente a sus gastos; ni que decir tiene que los de Inglaterra son mayores que los de Francia y Rusia. Enseguida, cada potencia impondrá al comercio alemán y austriaco un impuesto de guerra sobre todas las exportaciones a la Europa Central; las potencias marítimas someterán a crecidos impuestos a todos los barcos alemanes y austriacos, y los ingresos por los dos conceptos irán amortizando los títulos de la deuda germano-austriaca que se han repartido los aliados. Este plan—dice el mister—tendrá la ventaja de que desterrará del mundo el comercio alemán—el pollo enseña la oreja—, el cual comercio desaparecerá, como desaparecen todos los huéspedes molestos. Por si no bastara, el infeliz Crammond opina que después de la guerra ha de subsistir el Ministerio de municiones, transformándolo en ministerio para el desenvolvimiento del Imperio británico. Todo ello, como es natural y equitativo, *ad majorem Britanniae...* no gloria, precisamente, sino dinero.

(El señor B).—La verdad es que el pensamiento merece muy seria consideración.

—Crammond no ha olvidado ningún detalle. Si impusiéramos a Alemania—dice—una indemnización de muchos miles de millones, nos expondríamos a que la pagase pronto y se quedara tan fuerte



Soldados ingleses con pellizas de pieles, en Flandes



Misa de las tropas alemanas; como se puede ver, los capellanes católico y protestante están celebrando juntos la misa



La juventud alemana en camino al trabajo



Soldados rusos a la puerta de las viviendas enterradas

como antes.—Yo me permito creer que a lo que se expondrían los ingleses es a quedarse sin hueso sano.—El caso ha de ser añade el britón, que el castigo sea gradual y dé por resultado transferir todo el comercio austro-alemán a nuestras manos; que ellos trabajen para nuestro provecho y beneficio. ¿Es o no sabio el compatriota de Cromwell?

(El señor B).—¿Qué efecto han producido esas manifestaciones en la cancillería alemana?

—Desde que comenzó la guerra, ni el canciller ni sus subordinados han vuelto a frecuentar los cines ni los circos en que se exhiben payasos; ¡para reír están los tiempos! Lo que sí sé es el comentario que les puso en un breve discurso, pronunciado en la misma sesión de la Cámara de Comercio, mister Faithfull Begg, que por las señas es un inglés auténtico y no de los de circo, porque los ingleses de verdad serán todo lo que ustedes quieran, pero de tontos no tienen un pelo.

(El señor B).—¿Se puede saber lo que dijo el señor Faithfull Begg?

—Este señor «lleno de fe»—excuso decir, si fuera descreído—que eso quiere decir Faithfull, puso fin a su discurso recordando la conocida máxima de que no debe de venderse la piel del oso antes de haber cazado a la fiera, y exclamó: «El oso está aún campando por sus respetos».

SUBRIO ESCÁPULA

RELACION OFICIAL FRANCESA DE LA PRIMERA BATALLA DE VERDUN

He aquí la relación oficial francesa de la primera batalla de Verdun, del 21 al 26 de febrero, en sus párrafos más interesantes:

El ataque alemán a Verdun no fué en modo alguno una sorpresa para el Estado Mayor francés. Era una de las eventualidades previstas hacía mucho tiempo y para la que se había preparado el Estado Mayor. El problema de reunir y abastecer un ejército de 250,000 hombres en la orilla derecha del Mosa, había sido estudiado desde febrero de 1915, y desarrollado con completa independencia de cualquier apoyo que pudiera ser enviado por ferrocarril. Estaba dispuesto y organizado un sistema de transporte en automóviles, que la experiencia ha demostrado era por completo suficiente.

Cabía siempre la posibilidad de que el ataque alemán sobre Verdun no fuera más que un amago, al que siguiera la verdadera ofensiva sobre Nancy, Amiens o Calais. Incumbía al alto mando estimar la gravedad del ataque que sería menester rechazar.

El plan alemán consistía, sin duda, en asestar un golpe decisivo en los primeros días. Reunieron siete cuerpos de ejército en el sector de Verdun y artillería de extraordinaria potencia. Se quintuplicó la dotación de municiones, y el enemigo dispuso de hombres y material con abundancia.

A las siete y quince del día 21, los cañones enemigos comenzaron el bombardeo.

En este momento, las posiciones francesas en el sector de Verdun eran las siguientes: la primera línea del ala izquierda francesa pasaba por Brabant,

Consenvoye, el bosque de Haumont y el bosque de Caures; detrás, la segunda línea estaba formada por Samogneux, la colina 344 y la granja de Mormont. En el centro, teníamos el bosque de Ville, Herbébois y Ornes, con una segunda línea en Beaumont, Wavrille, Les Fosses, Le Chaume y los bosques de les Caurières. El ala derecha pasaba por Maucourt, Mogeville, puente de Vaux, bosque de Haute Charrière y Fromezey, con una segunda posición apoyada en Bezonvaux, bosque de Grand Chêne y Dieppe.

Detrás de esas líneas defensivas estaba el cinturón de fuertes marcado por Bras, Douaumont, Hardaumont, Vaux, La Laufée y Eix. Entre la segunda línea y los fuertes, se había preparado otra posición en las laderas de la Côte du Poivre y la Côte de Talou, entre Douaumont y Louvemont.

La granizada de proyectiles alemanes destruyó la primera línea francesa, pero las tropas se mantuvieron en sus puestos a toda costa. Al terminar la primera jornada, el enemigo había conseguido poner pie en las trincheras de primera línea y en algunos puntos de las de apoyo.

El 22, fracasó una tentativa de los franceses para recuperar el bosque de Haumont, y hubo un combate muy duro en el bosque de Caures. En la parte occidental de este sector, los alemanes atacaron el bosque de Consenvoye. Poseían la punta N. E. del de Herbébois, pero no pudieron avanzar, gracias a la magnífica defensa de la infantería francesa. A pesar de la lluvia de proyectiles, la aldea de Haumont fué defendida desesperadamente, y hasta las seis de la tarde no pudo avanzar el enemigo a través de las casas en ruinas. Al concluir el día, los franceses habían perdido el bosque de Ville, pero aún conservaban la mayor parte de los bosques de Herbébois y Wavrille.

Había terminado la guerra de trincheras. Las defensas francesas estaban destruidas, y las tropas tenían que maniobrar y combatir en campo abierto. De vez en cuando, la artillería francesa disparaba a no más de 700 metros contra las filas de la infantería alemana, en las que producía terribles efectos.

Durante la noche del 22, los franceses evacuaron Brabant. A causa del bombardeo, no fué posible ejecutar los contraataques preparados para la mañana del 23 contra Samogneux. Mas al E., sin embargo, los franceses habían ganado terreno, merced a su contraofensiva. Los alemanes se abrieron paso por el barranco del bosque de Haumont hasta 800 metros de la granja de Anglemont, a la que bombardearon, así como a la de Mormont, con proyectiles de 30.5 y 34 centímetros; no obstante, los franceses resistieron.

En el sector de Wavrille hubo un furioso combate desde primera hora. Un ataque alemán contra el bosque fué rechazado a las seis. Un segundo ataque, a las once y treinta, dió lugar a una lucha desesperada, y el enemigo consiguió prevalecer sobre la defensa y obligó a retirarse a las tropas francesas que estaban en Herbébois.

En la tarde del 23, la posición de Samogneux era muy crítica; el mando francés había puesto, entre tanto, en estado de defensa, las posiciones de la Côte du Poivre y Côte de Talon.

Los alemanes trataron de avanzar desde Samog-

neux, pero fueron rechazados por la artillería, ametralladoras y fusilería francesas; sus pérdidas fueron enormes; y sólo en la noche del 24 consiguieron poner su planta en la colina 344.

A la una de la madrugada del mismo día 24, avanzaron un poco desde el bosque de Caures. Al mismo tiempo, lograron apoderarse de la linde Sur del bosque de Wavrille, que había sido recobrada por los zuavos y tiradores de Africa. A la una y treinta fué tomado el bosque de Fosses; la misma suerte corrieron Beaumont, después de un combate cuerpo a cuerpo, y el bosque de Chaume.

En este momento la situación era crítica. A las dos y veinte, fuertes masas enemigas desembocaron entre Louvemont y la altura 347. Todas las tropas francesas disponibles fueron enviadas a impedir el avance enemigo. Este ocupaba Chambrettes, el bosque de Fosses, Beaumont y el bosque de Caurières. Ornes fué atacado por tres lados, y obligada su guarnición a replegarse sobre Bezonveaux.

Hasta entonces el combate había pesado continuamente sobre las mismas tropas francesas. A despecho del mal tiempo y de las pérdidas crecidas, todavía cerraron otra noche el paso al enemigo. Su deber consistía en mantener el frente entre Bras, Douaumont y Hardaumont, y lo cumplieron hasta que fueron relevadas por unidades de refresco, y comenzó la segunda batalla.

LA SECTA DE LOS "SENUSSI"

La secta de los *senussi* data de fecha reciente; la fundó el argelino Sidi Mohamed ben Ali es Senussi, que había hecho estudios religiosos en Fez, donde se afilió a la hermandad de los Chadeiya. Disputó al cabo con sus maestros y se trasladó a Uazán, centro de los devotos de Muley Tail, de la que fué profesor de Teología; el estipendio que le daban era demasiado pequeño, y viajó por el Norte de Africa, dando lecciones por donde pasaba.

A su llegada a la Meca inició el culto de los Tariga Muham-Mediya, nombre que lo transformó en «Tariga Senussiya», en 1840. Sus ratos de ocio en la Meca los invirtió escribiendo libros, resumiendo sus doctrinas en el titulado «El sol naciente».

Los principales puntos de la doctrina de los *senussi* son que sólo se debe adorar a Dios y que se ha de rendir veneración a los santos vivientes, en orden a su inspiración; pero, contra la práctica general del Islám, niega la veneración a los santos ya difuntos, alegando que su santidad cesó al morir, porque ya no podían seguir estando entonces inspirados.

En lo que atañe a la sucesión al Califato, Senussi sostuvo que el Califa debía ser un Imam, y sujetarse en todos los detalles a la ley Coránica. La revolución es justa contra el Califa que falte a estos deberes. El novicio ha de renunciar al mundo; no llevar adornos de oro y plata; abstenerse del vino, café y tabaco y del azúcar europeo, porque se le refina, valiéndose de polvo de hueso; no ha de tener trato con cristianos ni judíos, ni darles la mano; no es un crimen darles la muerte. El creyente no ha de mostrar signo exterior ninguno de pertenecer a la secta y debe guardar el secreto de ella con quienes no sean sus correligionarios.

Los nuevos creyentes abrazaron con tal entusiasmo estas doctrinas, que muchos de ellos donaron sus propiedades a la secta, haciéndola rica y poderosa.

En 1845, Senussi tomó el título de Califa, representante del profeta; cubrió su rostro con un velo, porque su santidad no toleraba las miradas de los mortales y porque el resplandor de su cara tornaría ciego a quien la contemplase. Murió en 1859. Dos años después, su hijo y sucesor trasladó su residencia a Jerabul, en Tripolitania, cerca de la frontera de Egipto. En su lecho de muerte, el padre había legado sus derechos a su hijo, concediéndole, además el título de Mahdí; para aumentar más todavía el prestigio de su descendiente, Senussi profetizó que sería el gran santo de la Orden quien tuviera los ojos de diferente color, uno de los brazos más largo que el otro y llevara el nombre de Mahdi. Su hijo cumplía estos requisitos y fué aceptado sin discusión como más santo todavía que su antecesor.

Aunque el movimiento de los *senussi* se ha extendido bastante desde aquella fecha, es indudable que su importancia política se ha exagerado demasiado. No ha habido jamás una cohesión real y efectiva entre los miembros de la secta, salvo en la doctrina religiosa.

CRÓNICA MILITAR

I. La campaña de los ingleses contra los *senussi*.—II. El reclutamiento en Inglaterra.—III. La próxima ofensiva general de los aliados.—IV. La última ofensiva de los rusos.—V. Verdun y la situación general.—VI. La situación el 6 de abril

I.—La campaña de los ingleses contra los *senussi*

Los *senussi*, con otras gentes de Tripolitania, invadieron a principios de año el territorio de Egipto, sorprendieron a los ingleses y les derrotaron, y formaron un centro de rebelión contra la dominación británica. Fué menester mover tropas hacia la frontera occidental, las cuales han rechazado a los *senussi*, poniéndoles en dispersión. Estas operaciones, aunque de escasa importancia militar, ofrecen

la particularidad de haber sido ejecutadas por un pequeño convoy automovilista, compuesto de ocho oficiales y treinta y dos clases y soldados. El Ministerio de la Guerra inglés da los siguientes detalles de estas operaciones, que representan una feliz aplicación de los automóviles en la guerra contra los indígenas del Africa del Norte.

«Los reconocimientos de los aviones descubrieron, en la mañana del 14 de marzo, que el campamento de Birvar estaba vacío, y se ordenó emprender la persecución con «una osadía prudencial». La

marcha fué difícil en los primeros doce kilómetros. Después, los automóviles tomaron el camino de Derna y se aumentó la velocidad a casi 65 kilómetros por hora. Los vehículos dejaron atrás algunos centenares de beduinos que huían hacia el O., muchos de ellos armados, pero no se les hizo caso. El campamento principal se descubrió a menos de dos kilómetros al S. del camino, a unos 40 kilómetros al O. de Sollum; se cambió la dirección, y todos los automóviles, menos dos, avanzaron en línea; esos dos continuaron marchando por el camino antes de girar hacia el S., ajustándose a un plan convenido.

»Un cañón y dos ametralladoras rompieron el fuego contra los automóviles; las ametralladoras estaban bien manejadas, pero los sirvientes del cañón fueron puestos fuera de combate cuando los automóviles distaban 400 metros; conseguido esto, los carruajes entraron en el campamento. El enemigo se dispersó en todas direcciones, y comenzó la persecución. Luego de recorridos 16 kilómetros se presentó el peligro de que se agotara el combustible. Cuando los automóviles se reunieron de nuevo, se vió que toda la artillería enemiga había caído en nuestro poder; se componía de tres cañones y nueve ametralladoras (con 24 cañones de respeto) y unos 40 revólvers y gran cantidad de municiones. Noventa y un prisioneros, que pertenecían a las tripulaciones de barcos naufragados en las costas de Cirenaica, fueron libertados. Nuestras bajas consistieron en un oficial ligeramente herido; se hace ascender las del enemigo a 50 muertos».

Acerca de la campaña en general, el parte inglés dice lo siguiente:

«De este modo, una habilísima campaña ha terminado felizmente. En tres semanas, las fuerzas del general Peyton han capturado al jefe de los contingentes enemigos y dado muerte o aprehendido a casi la mitad de los jefes turcos subalternos, arrojado dos dispersos restos de sus fuerzas más allá de la frontera de Egipto, y tomado toda su artillería y ametralladoras. Durante estas operaciones, las tropas avanzaron 240 kilómetros. La acción de la infantería fué en extremo árdua por la falta de agua, pero todas las privaciones se soportaron con el más elevado espíritu. La noticia, antes comunicada, de la muerte de Nuri (hermano de Enver Bajá) es inexacta. Nuri desapareció del lugar del combate, el 14 de marzo.

II.—El reclutamiento en Inglaterra

El coronel Repington, en un artículo largo y razonado, se ocupa en la crisis en que va a encontrarse el ejército británico, si no se adoptan con urgencia medidas enérgicas que pongan término al fracaso del reclutamiento, lo mismo del obligatorio que el del sistema de Lord Derby. Es de notar la franqueza con que se expresa aquel escritor, propia de una nación que se encuentra fuerte y que está convencida de que diciendo la verdad al país, y no disfrazándola, se encontrará el remedio que exige la situación.

Dice Repington que Inglaterra—sin incluir las tropas de los Dominios y la India—tenía al comenzar el año 70 divisiones en campaña, que necesitaban, para conservar hasta fin de diciembre su efectivo normal, un contingente de 1.400.000 hombres. Este contingente no se alcanzará, y todo el edificio

militar se vendrá abajo. Alemania, con un tercio más de población, tiene 170 divisiones, de modo que Inglaterra, haciendo un esfuerzo análogo, podría organizar 112. Pero como ha de atender a la marina y a la fabricación de material de guerra, necesario para ella misma y sus aliados, puede admitirse que no rebase la cifra de 70 divisiones, mínimo que no podrá sostenerse si no se encuentran los 1.400.000 hombres indispensables.

Los reclutas que se creía daría el sistema de Lord Derby han dejado de presentarse en gran número, por la oposición de algunos elementos sociales, y la ley de reclutamiento tampoco ha sido eficaz, a causa de las enmiendas que aprobó el Parlamento y de las interminables listas de hombres ocupados en las fábricas de material de guerra, exceptuados del servicio activo. Los tribunales y comisiones encargadas de fallar las reclamaciones presentadas, no pueden por sí mismos, pese a su celo y buena voluntad, modificar la situación.

A estas dificultades se ha agregado la dimanante de la resistencia de los casados a ser llamados antes que los solteros. Cree Repington que si no se aumentan las indemnizaciones o pensiones a las familias de los casados, sólo se presentarán los jornaleros y obreros, pero no los hombres de la clase media, a quienes detendrá el temor de sumir a sus familias en la miseria.

Propone, como único y eficaz remedio: 1.º La abolición de las listas certificadas de ocupaciones y de todos los pretextos; 2.º Una nueva ley de inscripción, que haga buenos los números con que se contaba, y que contenga severas sanciones por inscripciones inexactas y por las omisiones en declarar los cambios de domicilio y empleo; 3.º Una ley de servicio general militar para mientras dure la guerra y hasta seis meses después de la firma de la paz, que comprenda a todos los hombres de edad militar y haciéndoles responsables ante los tribunales cuando aleguen exenciones o aplazamientos, e imponiendo severas penas a los infractores de la ley; 4.º Otra ley que prolongue el servicio, para toda la duración de la guerra, a los soldados licenciados, del ejército activo y territorial, y devuelva a las filas a todos los hombres de menos de 45 años que han sido licenciados por haber cumplido el plazo de su compromiso.

De este cuadro se deduce la inmensa dificultad que existe en improvisar un ejército cuando ni el país está preparado, ni las costumbres van por esos cauces. Lo he dicho varias veces, mucho antes de que se pensara en Inglaterra en ejecutar el esfuerzo que ahora pretende llevar a cabo; si la tentativa corre peligro de resultar vana en una nación empeñada en una guerra formidable, tratándose de un pueblo de innegable patriotismo y de un país—único en Europa—que puede permitirse el pago de espléndidos haberes a los soldados y crecidas pensiones a sus familias, ¡cuánto más difícil el esfuerzo en otra nación cualquiera! Esto corrobora lo ya sabido por el escaso resultado, sumamente oneroso, de la movilización de las industrias de guerra. La defensa y la preparación militar de un país requieren una gran previsión, un esfuerzo continuado y persistente, sin dejar nada al azar ni a los apresuramientos de última hora. Hoy más que nunca es necesario pensar en la mejor manera de servirse de todos los hombres úti-

les y de todas las industrias, para que, sin derrochar el dinero, ni paralizar la vida interior del país, ni exponerse a una rápida derrota, quede salvaguardada la existencia nacional. En este concepto, hay mucho que aprender de lo que le está sucediendo a la Gran Bretaña.

III.—La próxima ofensiva general de los aliados

Por fin ha tenido lugar la conferencia o reunión general de representantes de los Cuarteles generales de todas las potencias aliadas, con asistencia de algunos miembros de varios Gobiernos. Es probable que las discusiones hayan versado, principalmente, sobre los aspectos financiero y militar de la guerra. Este último es el que nos interesa.

Uno de los mayores motivos de debilidad de las alianzas, en lo que atañe a la guerra, estriba en la dificultad, que en la práctica se traduce en imposibilidad, de concentrar la dirección de las operaciones en una sola persona, a la que todos los ejércitos obedezcan de buena voluntad y prescindiendo de sus particulares puntos de vista. No repartiendo el adversario su acción por igual en los diversos frentes, y no teniendo todos los aliados la misma fuerza, ni encontrándose en igual situación interior y financiera, se comprende que la unidad de mando es una utopía, que el sistema quebraría al primer descabro de una de las partes. Cabe, entre límites admisibles, esa unidad en los Imperios centrales, por su íntima conexión geográfica, comunidad de intereses y de adversarios, y las afinidades de idioma y raza; pero no hay fuerza humana capaz de establecerla entre naciones como Inglaterra y Rusia, Francia y Serbia, de aspiraciones tan diferentes. Admitiendo, sin embargo, que se llegara a ella, no tardaría en perderse, porque en una acción colectiva, sometida a un solo general, el sacrificio no podría repartirse proporcionalmente entre todos, y los pueblos, a quienes no se podría dar explicaciones amplias y convincentes, se revolverían por sus heridas y no por las ajenas. Si la unidad fuera posible, se habría manifestado hace tiempo.

Pero sí cabe unificar, simultanear, el impulso inicial, y sobre él habrán versado seguramente los debates de París. Se habla y se anuncia hace mucho tiempo una ofensiva simultánea de los aliados en los diferentes frentes, primero para esta primavera, después, para el verano próximo. A primera vista parece que si los aliados asumieran al mismo tiempo la ofensiva en el E., O., S. y los Balkanes, como sus fuerzas materiales son mayores arrollarían a las del adversario. Esto que pudo ocurrir y ocurrió en efecto—la invasión rusa de la Prusia Oriental tuvo como consecuencia la retirada del Marne—en el primer período de la guerra, en la fase de las maniobras y operaciones campales, se ha hecho luego más difícil y lo será más cada día. La entrada en línea de Italia no perturbó siquiera el desarrollo de la ofensiva austro-alemana contra Rusia; las batallas del Iser coincidieron con la segunda y afortunada invasión de Polonia; actualmente, la ofensiva rusa no ha paralizado las operaciones en Francia, como los ataques en la Champaña no detuvieron la ofensiva contra Serbia; en todo ha ocurrido lo mismo.

Las organizaciones defensivas que actualmente cubren los frentes de batalla son tan sólidas, que permiten sostenerse en ellas o retroceder ligeramente, con pocas fuerzas, mientras se lleva el grueso a sectores determinados, para compensar con las ventajas logradas en los últimos los reveses padecidos en otros puntos; porque son tan largos los frentes que es imposible a ninguno de los beligerantes guarnecerlos con fuerzas invariablemente superiores a las del enemigo; la superioridad tendrá que ser local, y, sobreviniendo el desequilibrio, el adversario la logrará a su vez en otros lugares. El desarrollo de la guerra no variará en lo fundamental. La única novedad que puede ocurrir es que Inglaterra reuniera en Flandes todas sus fuerzas disponibles, para intentar una acción que hasta ahora no ha emprendido. Aún en este caso, tendrían los alemanes a su favor la cualidad de invasores, es decir, que sin correr peligro sus fronteras, desangrarían lentamente al atacante.

Tampoco es probable que los aliados se encuentren en disposición de desarrollar una ofensiva metódica y tenaz, como la de los alemanes en Verdun. Bien se ve que carecen de la artillería pesada indispensable. Además, ese esfuerzo dejaría a los Imperios centrales en libertad de asestar terribles contragolpes.

Estuvieran los frentes de batalla a lo largo de las fronteras y el ataque general de los aliados podría tener tangibles consecuencias; ahora, el que se encuentra en país enemigo lucha con muchas ventajas a su favor, porque dispone de tiempo, y el tiempo equivale a fuerzas materiales. Es una verdad que ni los rusos ni los franceses desconocen.

Pero esto no quiere decir que los aliados no deban entablar simultáneamente la ofensiva; ella es necesaria si han de alcanzar algún resultado positivo. Lo que se deduce es que la unidad sólo se manifestará en la iniciación de las operaciones y que enseguida cada cual obrará por su cuenta, sin perjuicio de mantener un contacto colectivo que hasta aquí no ha existido; de suerte que la anunciada ofensiva general carece hoy de la oportunidad, que es necesaria en todos los achaques de la guerra. Lo que sí se puede lograr, y de ello se habrá hablado en las reuniones de París, es que las acciones de los aliados no sean discordantes y se anulen las unas a las otras, de lo cual ha habido notorios ejemplos, que no es menester recordar, en los meses pasados.

IV.—La última ofensiva de los rusos

Cuando los rusos dieron comienzo a su última ofensiva, a mediados de marzo, disponían de un plazo limitado para desarrollarla y rematarla: se sabía que en abril comenzaría el deshielo, y que los llanos inmediatos a los ríos, por donde corren en gran parte las posiciones de los dos beligerantes, se transformarían en inmensos lodazales, a través de los cuales es imposible el paso; esta eventualidad del deshielo fué uno de los más serios motivos de preocupación de los alemanes cuando establecieron sus líneas del frente oriental, porque era menester proteger las trincheras y los abrigos enterrados contra la invasión de las aguas y del fango. Tenían, pues, los rusos dos o tres semanas, lo más cuatro, para terminar la cam-

pañía que emprendieron en marzo, y en tan corto tiempo era dudoso que consiguieran resultados de mediana importancia, dada la fuerza de resistencia de las posiciones enemigas y la bien entendida red de comunicaciones que habían establecido a retaguardia; de donde se infiere que no esperaba el alto mando moskovita librar ningún choque decisivo. En otro concepto, existía en Rusia la preocupación, que sin rebozo manifestaba la prensa, los corresponsales extranjeros y ciertos órganos militares, de que los alemanes se proponían reanudar la ofensiva al comenzar la buena estación, o sea después de la época de los deshielos, y se admitía de buen grado que el ejército tendría que retirarse un poco más al interior, aunque se negaba que el invasor pudiera llegar a Petrogrado ni a ningún otro objetivo de importancia.

No pudiendo los alemanes acometer su anunciada empresa en el mes de marzo, por el mismo fenómeno del deshielo, las disposiciones preliminares de un ataque era imposible que estuvieran lo bastante adelantadas para que un prematuro empuje de los rusos las descompusiera y retardara; en todo caso, los preparativos se notarían a retaguardia y en las bases secundarias, pero en modo alguno en el frente, de suerte que la ofensiva pasada no pudo tener como objetivo el cubrirse y resguardarse contra la esperada de los alemanes.

¿Qué finalidad se perseguía con ella? Se ha dicho que el conquistar algunas posiciones, que permitieran más adelante asumir la ofensiva general en mejores condiciones que hasta aquí; pero como en las semanas de paralización de las operaciones, los alemanes pueden mejorar y completar sus defensas, a despecho del deshielo, se comprende cuán ilusoria resultaría aquella ventaja, supuesta lograda. Se ha insinuado también que los últimos combates han contribuido a fortalecer el espíritu de los soldados rusos, familiarizándoles con la guerra y haciéndoles perder el respeto al formidable adversario alemán. No parece lo más adecuado para elevar la fuerza moral de una tropa, mandarla al asalto de unas posiciones, exponiéndoles a sufrir bajas sin cuento y sin la compensación del triunfo; el soldado que se ha visto obligado a retirarse y que ha fracasado en sus esfuerzos, está involuntariamente predispuesto a ser derrotado, porque en su interior reconoce la superioridad del enemigo, y más aún después de la reputación del ejército alemán, que se ha extendido en todos los confines de Rusia desde los desastres del año pasado. No es de esta manera como se prepara una tropa para una acción decisiva; mejor hubiera sido localizar los ataques y agrupar enormes masas en los puntos elegidos, para obtener pequeños éxitos, que, sin importancia estratégica, la tuvieran por lo menos a los ojos de la tropa.

No se ve finalidad militar a la ofensiva de los rusos. Tropas alemanas relativamente débiles han soportado, sin ceder, el choque contra otras enemigas mucho más numerosas, y han aprendido por experiencia propia que el actual ejército ruso es menos consistente que el derrotado en 1915; con esto ha ganado la moral del invasor, tanto como ha perdido la del invadido.

Tampoco los ataques rusos han repercutido en las operaciones de Verdun, ni ello era posible dado

el método de asedio que emplean los alemanes contra la fortaleza francesa; la acción rusa no ha disminuido, ni podía disminuir, la presión contra los franceses: las circunstancias no son ahora la mismas, ni volverán a serlo, del mes de agosto de 1914, cuando la invasión de la Prusia oriental. La ayuda a Francia, si efectivamente presidía esta idea en el alto mando, no ha pasado de ser un buen deseo sin consecuencias prácticas.

Desde que comenzó el invierno, los alemanes se han mostrado menos activos en el frente oriental que en el occidental, obedeciendo esta diversidad de conducta al diferente modo de ser de los adversarios que tenían enfrente. Los rusos, por lo general, observaron la misma regla, que era más funesta para ellos que para los alemanes, de suerte que hubiera sido loable el mantenimiento de una actividad general, reducida a pequeños combates de trincheras; de esta actividad a la que han demostrado en marzo, media un abismo.

En resolución, no se descubren los propósitos del alto mando ruso, como tampoco se vieron los de las briosas acometidas, intentadas tres veces con anterioridad en las líneas del Strypa y Dniester. A mi juicio, tales operaciones sólo fueron inspiradas en segundo término por un interés militar, y se deben casi exclusivamente a consideraciones de orden interior e internacional, ajenas a estas *Crónicas*.

Los partes alemanes no detallan el efectivo de las tropas rusas empeñadas en las recientes batallas; se sabe, empero, que las más de las tropas son de nueva formación, confirmándose que los rusos han organizado otro ejército numerosísimo, que va a hacer buenas las tremendas bajas padecidas en la campaña del pasado año. Resta por saber si el cuerpo de oficiales ha alcanzado la eficiencia que tanto se echó de menos en el verano de 1915, y si la solidez y cohesión de las unidades, que constituían la principal fuerza de aquel ejército, son comparables a las de las masas que inauguraron la guerra. Sobre esto cabría profetizar con muchas probabilidades de acierto, pero es más prudente aguardar a los acontecimientos. Baste decir que si los ejércitos se improvisaran con la rapidez del ruso, no hubiera estado Europa largos años bajos la pesadumbre de las cargas y molestias de los grandes ejércitos permanentes: lo de menos en los ejércitos, lo he dicho muchas veces, es la parte formal, externa, visible, única que puede apreciar el profano; algo más hondo es lo que les da la fuerza.

La fracasada ofensiva de los rusos no aleja ni aplaza, en mi opinión, la futura ofensiva de los alemanes, que se desenvolverá, probablemente, cuando la situación en Verdun se haya despejado; queda un mes de tiempo, poco más o menos, para ello, porque antes de mayo o últimos de abril no será posible recomenzar la campaña contra Rusia; de consiguiente, nada se opone a que los alemanes lleven la guerra según su método actual, consistente en sustituir el rendimiento de los hombres por el rendimiento del cañón, con objeto de conservar fuerzas para los golpes que seguramente se asestarán los dos grupos de beligerantes en el verano próximo.

V.—Verdun y la situación general

Seis semanas van transcurridas desde que comenzó el ataque a Verdun. Desde el 22 de febrero, los

alemanes no han cesado de obtener pequeños éxitos, pero las ventajas mayores las obtuvieron en los seis primeros días: arrollaron todas las líneas avanzadas del N. y del E. y rompieron en un punto—Douaumont—la cortina de fuertes permanentes. Desde entonces, cada avance, parcial y de reducida extensión, se ha obtenido merced a una sostenida preparación de artillería. Si la lucha se sigue desenvolviendo de la misma manera, no hay duda que al fin Verdun caerá, pero tampoco es discutible que la victoria quedará reducida a modestas proporciones; se habrá afirmado la superioridad del ejército alemán, que no necesitaba la demostración de Verdun para ser reconocida por las personas imparciales, toda vez que era evidente que una parte del ejército alemán tenía en jaque a todo el ejército francés y casi todo el británico. El golpe moral sobre la opinión francesa será más débil cada día que transcurra, primero, porque se preparará poco a poco su ánimo para recibirlo, y, segundo, porque el pueblo considerará virtualmente como un triunfo la resistencia prolongada de la fortaleza.

Han confirmado estas batallas de Verdun lo dicho tantas veces: en los ataques contra las posiciones atrincheradas, el éxito, para merecer este nombre, necesita ser alcanzado rápidamente, en poco tiempo, antes de que el defensor llame a sus reservas y reorganice su frente; de lo contrario, opondrá al ofensor los medios proporcionados al empuje y tenderá a restablecerse el equilibrio anterior, que es lo que está sucediendo en Verdun.

En la forma que se desarrolla la lucha, la guerra de maniobra, la de planes audaces, extensos movimientos de tropas y opimos resultados, parece enterada definitivamente. Estamos en presencia de un sitio regular, en el que los grandes calibres de la artillería pesada han substituído a las antiguas zapas y baterías de aproche. Y cabalmente en esa clase de guerra de maniobra es en la que descuella el ejército alemán y a la que debe todas las ventajas, de que aún goza. El alto mando francés, acertada o equivocadamente—que esto no podrá decirse hasta el final—conduce las operaciones en un sentido eminentemente conservador: manteniéndose a la defensiva, economiza sus fuerzas, y espera que el adversario se agote y debilite en los otros frentes. No será la batalla de Verdun lo que le induzca a variar de táctica, ni la pérdida de la fortaleza tendrá los caracteres de una derrota decisiva, a menos que el defensor incurra en errores que no son de esperar después de tantos meses de guerra.

Se sigue de aquí que la situación, aunque materialmente se desenvuelve a favor de los alemanes, ni brinda ocasión a éstos para maniobrar, ni aparta a los franceses de su conocido y arraigado método. ¿Se resignarán los alemanes?

Dentro de tres o cuatro semanas comenzará la buena estación en Rusia, y con ella llegará el momento de que rusos o austro-alemanes inicien las operaciones activas; para entonces, sería muy conveniente a los alemanes haber resuelto el problema de Verdun, pero es muy dudoso que lo consigan en un plazo tan perentorio. Si en Verdun estuviera la masa principal del ejército francés, cabría aprovecharse de esta situación para ejecutar una vigorosa ofensiva en otro punto del frente; mas como no pue-

de intentarse sino a favor de una gran superioridad en artillería pesada y ésta se encuentra en gran número alrededor de Verdun, no es presumible que el invasor disponga de un suplemento considerable de cañones gruesos para concentrarlos en otro lugar.

En cualquier concepto que se le considere, Verdun resulta un pie forzado para alemanes y franceses, sólo que los últimos no han tenido que variar el punto de vista que les guía en el desarrollo de la campaña, y los primeros han de persistir, probablemente contra su voluntad, en el que se creó después de la retirada del Marne. En este género de guerra, los dos adversarios se han ido equilibrando; no se vislumbra una decisión próxima.

Todo ello proviene del error capital que cometió el alto mando alemán en el primer período de la campaña: tomó como objetivo único, que le deslumbró, el grueso del ejército enemigo, sin sospechar que éste, aceptando la derrota se replegaría a toda prisa hasta perder el contacto. Prescindieron los alemanes de París y de Verdun; por evitar Toul y Verdun dieron el largo rodeo de Bélgica, y al cabo de año y medio han tenido que emprender el ataque a la formidable plaza francesa, que no es ya lo que era en septiembre de 1914; entonces hubiera caído en quince o veinte días, si se la atacara con un vigor parecido al que ahora se despliega. Los errores primeros se dejan sentir mucho tiempo después, y difícilmente se reparan. Dicho queda el de los alemanes; por empeñarse en invadir la Lorena y la Alsacia, los franceses tienen invadida su patria; los italianos pugnan en vano por haber querido llevar la invasión en todo el frente; no es menester recordar las equivocaciones de los rusos.

En mayo, nuevas preocupaciones pesarán sobre los alemanes; lo de Verdun tendrá que relegarse a segundo término, y con que para entonces se sostenga un fuerte podrán jactarse los franceses de haber frustrado los planes del invasor. Si éste dispusiera de fuerzas hasta el punto de no tener que reparar en bajas, su resolución no sería dudosa: haría un supremo esfuerzo y conquistaría la plaza; de lo contrario, no sacrificará ante Verdun las tropas que va a necesitar en otro punto, pero su enemigo occidental se envalentonará y será más probable que antes un ataque combinado de los franco-ingleses. En resumen, la situación general indica que el problema de Verdun, en un sentido u otro, no tardará mucho en quedar despejado, y se sabrá si aquello no ha sido más que un incidente o el primer paso de una acción que nos lleve al período final.

VI.—La situación el 6 de abril

En la región de Verdun los franceses han recuperado una parte del bosque que hay al S. del fuerte de Douaumont y han vuelto a entrar en el extremo occidental del pueblo de Vaux. Continúan los combates en este sector. En la orilla izquierda—occidental—del Mosa, los alemanes que extendieron su frente hasta el arroyo de Forges, desde cerca de Bethincourt a Avocourt, se apoderaron primero de Malancourt y últimamente han pasado al otro lado de dicho arroyo, tomando la aldea de Haucourt, delante de Malancourt. En estos combates han hecho unos 1.300 prisioneros y cogido varias ametrallado-

ras. Bien que el avance alemán continúa y no se ha detenido apenas un momento, los progresos son extremadamente lentos y parecen más bien dirigidos a inmovilizar el grueso de las fuerzas enemigas en esta región de Verdun, para disfrutar de mayor libertad de acción en otra parte, que bien pudiera ser en la misma región, pero en otro lugar del frente hasta ahora no atacado. Por de pronto, es de suponer que la ofensiva francesa, si realmente se pensaba en ella, ha sufrido una paralización, por lo menos, toda vez que han tenido que ser cambiadas las disposiciones de las fuerzas y los preparativos que se habían hecho para la batalla general. Esto corrobora lo ya dicho: el ataque a Verdun no sólo amenaza el eje de la línea general francesa, sino que precave a los alemanes contra los peligros que se anunciaban por la prensa aliada.

Nada digno de mención ha ocurrido en el resto del frente occidental.

En el meridional, tan pronto atacan los austriacos como los italianos, con éxito vario, aunque de escasos resultados. En esta etapa de la guerra, no se advierte en el ejército italiano la capacidad ofensiva con que comenzó la campaña en la primavera del año pasado.

Los austriacos se han detenido a unos diez kilómetros de Valona, cuyo ataque aún no han emprendido. Como los italianos tienen asegurada la comunicación por mar y pueden recibir sin dificultad los abastecimientos y municiones que necesitan, mientras que los austriacos han de transportarlas a través de los malísimos y largos caminos de Albania, los preparativos del ataque a Vallona han de exigir necesariamente bastante tiempo.

Algunas patrullas italianas entraron en el Epiro septentrional, pero retrocedieron a Albania cuando las fuerzas griegas de ocupación les amenazaron con hacer uso de las armas si no evacuaban el Epiro.

En Salónica no ha cambiado la situación. Reina gran actividad en el aire, realizando las escuadrillas de aviones de los dos bandos continuos ataques.

En el frente ruso han cesado los ataques de los moskovitas, y no son de esperar operaciones de interés hasta que pase la época del deshielo.

En el Cáucaso, los rusos no han emprendido todavía el avance sobre Trebisonda, pero hay indicios de que pretenden envolver la plaza, para dificultar sus comunicaciones terrestres y tomarla con menos esfuerzo. Nada se sabe de las medidas en contrario que habrán adoptado los turcos. Al S. de la región de Van y en el centro del frente de Armenia, la situación no ha variado, así como tampoco en Persia.

En Mesopotamia, los ingleses están realizando una nueva tentativa para socorrer y libertar a las tropas del general Townshend, situadas en Kut-el-Amara. Las primeras resistencias de los turcos han sido vencidas. Como ocurrió lo mismo en tentativas anteriores, no cabe deducir consecuencias que hagan vaticinar lo que va a ocurrir. Parece comprobado que han comenzado a llegar al Irak tropas turcas de refuerzo, al mando del mariscal von der Goltz.

En Egipto y Libia, nada de particular.

El general Smuts prosigue el avance en el África

oriental alemana; los defensores libran continuos combates de retaguardia y se van replegando al interior.

En los seis primeros días de este mes, los zeppelines alemanes han efectuado cinco ataques contra la costa oriental de Inglaterra y Escocia.

Se anuncia que han sido cortados los cables submarinos entre Inglaterra y Holanda; este último reino está adoptando serias medidas militares, sin que se sepa su finalidad ni contra quién van dirigidas.

Para quienes siguen con atención la marcha de la guerra, el acontecimiento más interesante es el relevo del general Ivanov, comandante en jefe de los ejércitos rusos del Sur—apostados contra los austro-alemanes en el Styr, el Strypa y el Dniester—y su substitución por el general Brusilov.

El lector recordará sin duda cuántas veces he manifestado mi asombro por las operaciones emprendidas por el repetido general Ivanov. Sus frecuentes y no siempre oportunas ofensivas, que sólo conducían verosilmente a padecer enormes bajas, no solían corresponder con la situación en el centro y la parte norte del frente ruso; el ejército del S. se ha inutilizado varias veces en furiosos ataques que no han conseguido modificar la situación en aquel frente, ni siquiera interrumpir o perturbar las operaciones que en otros teatros estaban desarrollando los germanos. No se veía concordancia entre la acción del ejército del S. y la del centro y N., y parecía que el mando del primero obraba con absoluta independencia y se dejaba guiar por sus impresiones directas y no por lo que demandaba el conjunto de la campaña. Algo de esto se ha observado siempre en todos los ejércitos rusos, aunque no de un modo tan marcado como en las masas de Ivanov. El relevo de este general viene a confirmar mis puntos de vista sobre la campaña en el sector meridional, pero no aclara, y es un punto que interesa mucho, si la retirada emprendida por Ivanov hacia el E. y S. E. cuando la derrota de los rusos en Galizia en mayo y junio del año pasado, fué ordenada por el mando supremo o bien obedeció a la exclusiva iniciativa del mencionado general. Aparte de los errores que pudo cometer Ivanov, y que si bien fueron señalados en estas *Crónicas* no deben ser admitidos como evidentes, pues nos faltan datos para juzgar con pleno acierto, no debe negarse que el referido caudillo poseía unas condiciones de carácter y de tenacidad excepcionales, figurando en este concepto a la cabeza de todos los generales rusos que han tomado parte en esta guerra. La energía con que condujo la retirada después de la pérdida de Lemberg, y la obstinación en seguir contraatacando cuando ya la campaña en Galizia estaba definitivamente perdida, superaron si cabe al ímpetu y arrojo con que condujo la invasión de aquella provincia austriaca. Si no poseía el general Ivanov todas absolutamente las dotes de un caudillo, si le adornaban muchas de ellas, y su nombre se destacará prestigioso cuando termine la guerra.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

7 de abril 1916.

Derechos reservados